

Un poeta en busca de sí mismo

Los versos de Thomas Merton se inscriben dentro de la mejor literatura espiritual de nuestro tiempo

bre de 1941, en la abadía trapense de Nuestra Señora de Getsemani (Kentucky), donde será consagrado monje y ordenado sacerdote ocho años después.

La poesía de Merton, escrita entre 1940 y 1966, muestra a un poeta en búsqueda constante de sí mismo, que es a la vez testigo de excepción de su tiempo, y cuya línea y forma de pensamiento y de conducta corresponden a las del Concilio Vaticano II. El enigma de su muerte y su íntima relación con su enfermera despiertan nuestra curiosidad por la figura de este interesante personaje, cuya escritura poética, articulada sobre el versículo de la *Biblia* y de Walt Whitman, contiene una complejidad compositiva digna de la máxima atención.

Cárcel de luz

Su «Teoría de la Oración» es un ejemplo de ello y del modo en que Merton se inscribe dentro de la literatura espiritual de nuestro tiempo, mezclando códigos distintos y explotando los diversos melismas y registros de la lengua coloquial, en la que se instala como si fuera un nuevo *sermo piscatorius*. Toma ex-

presiones de los místicos como los vocativos ¡Oh, dulce huida! o la construcción *cárcel de luz*. Lo que no le impide recoger de las vanguardias la tematización de lo ur-

bano o reescribir un bucolismo virgiliano. Pero donde más acierta es en el fraciscanismo de poemas como «Al atardecer». Alguna vez llega a lo profético, describiendo casi cincuenta años antes las ruinas de Nueva York que hoy tenemos en nuestra mente y que él, que murió en 1968, no pudo ver, pero cuya visión anticipa.

Estamos, pues, ante una obra rebosante de misterios, entendidos como objetivación de su amor a Dios, al ser humano y al mundo.

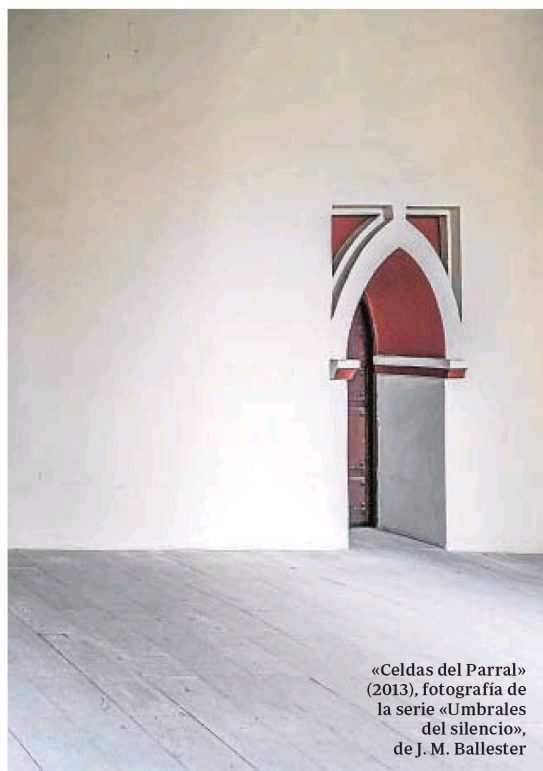
JAIME SILES

Oh, corazón ardiente Thomas Merton



Presentación de F. Beltrán Llavador
Ed. y trad. de Sonia Petisco
Trotta, 2015
214 páginas
18 euros

Printed and distributed by PressReader
PressReader.com • +1.604.278.4604
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW



«Celdas del Parral» (2013), fotografía de la serie «Umbrales del silencio», de J. M. Ballester

entender el pensamiento mertoniano. Aun con la conciencia de que estos diarios iban a ser leídos en el futuro, Merton no esconde su vivencia más tormentosa. Y es que se enamoró de una enfermera que conoció en uno de sus ingresos hospitalarios dos años antes de su muerte. Fue un flechazo que experimentó con gozo y angustia. Otra vez aparece el honesto retrato de un monje que es consciente de sus propias debilidades y se encuentra escindido entre el amor a una mujer y la fidelidad a su consagración. El desenlace de esta historia no sorprende: terminó por desbaratarse y le ayudó a fortalecer su vocación contemplativa.

27 DE OCTUBRE. Las paradojas de la vida quisieron que el cuerpo de este monje fuera repatriado en un avión militar junto a víctimas norteamericanas de una guerra, la de Vietnam, que había denunciado con arrojo. Merton murió como consecuencia de un trágico accidente doméstico en un hotel de Bangkok en una gira que estaba haciendo por Asia. La última anotación de estos diarios se había escrito unas horas antes. Nada hacía presentir el dramático final. La noche anterior trasladaba a su cuaderno una cita de Novalis: «La mayoría de los seres humanos no nadarán antes de haber aprendido a hacerlo». Hay que alejarse para degustar con hondura estos *Diarios*. Poco antes de su muerte, había escrito en una carta que el verdadero viaje de la vida era interior y esto obligaba a responder con entrega y pasión «a la acción creadora del amor». Para Merton, la vocación era situarse en el vértigo dentro de un proceso de transformación que siempre despedaza las certezas. Por fin he comprendido por qué Ramón Cao afirma en *Ocultarse en una hoguera* que para leer estos diarios hay que entrar en la oración íntima de un buscador de Dios que intentaba descubrir el misterio de su existencia.

JOSEBA LOUZAO VILLAR

Diarios 1939-1968 Thomas Merton



Trad. de Isidro Arias Pérez
Mensajero, 2015
404 páginas
19,95 euros

25 DE OCTUBRE. La fragilidad humana es esencial para

atengamos a la etimología de la propia palabra. Vivió desde sus raíces, y lo sabemos gracias a su abierta sinceridad. Buscó la plenitud con una necesidad acuciante por desembarazarse de todo para conseguirla. Dentro de la tradición monástica occidental, no dudó en salir a explorar otras fuentes. Encontró, primero, la riqueza del cristianismo oriental en los Padres griegos y, después, abrió la «nueva puerta» de las religiones asiáticas. A pesar de vivir en un monasterio, conoció y se relacionó con algunas luminarias culturales y sociales de la época: Pasternak, Joan Baez, Maritain, Miłosz, el Dalai Lama... Merton probablemente fue el solitario mejor conectado del mundo.

24 DE OCTUBRE. Merton piensa que todo en esta realidad debe llevar al ermitaño a la soledad. Tengo que detener la lectura para comprender. Este trapense me interpela al hablar de la compasión como un nuevo desierto. Una compasión que singulariza y nace de una experiencia de vacío

SE ENAMORÓ DE UNA ENFERMERA A LA QUE CONOCIÓ EN EL HOSPITAL DOS AÑOS ANTES DE SU MUERTE

que debe ser rellenada por los demás desde sus sufrimientos. No puedo dejar de pensar que, en esta lectura de la compasión, algo tiene que ver

Santa Teresa de Ávila, quien aparece en los diarios originales como una lectura de referencia mertoniana. Tampoco es extraño que buceara posteriormente en otras tradiciones, ya que entre las diversas religiones se establece una compleja red de vasos comunicantes espirituales. En el silencio de su celda, le asalta la misma pregunta que Dios hizo a Caín: «¿Dónde está tu hermano?». Merton quiso vivir compasivamente y no desatendió los problemas de su tiempo, lo que le ocasionó más de un conflicto con sus superiores, que le prohibieron escribir en más de una ocasión sobre estos temas. ¿Qué pintaba un monje hablando del peligro nuclear?, decían. Se manifestó entonces como un místico profético que intentaba abrir los ojos y comprender lo que sucedía a su alrededor.